

Políticos y tertulianos suelen insistir en el “*problema catalán*”, y, luego, referirse al “*independentismo de Cataluña*”. Como uno no es -a Dios gracias- ni lo uno ni lo otro, discrepo completamente de este enfoque, y empiezo por negar la mayor.

No existe un específico *problema catalán*, sino que, en todo caso, se trata de una derivación del constante *problema español*, ese que movió inteligencias y plumas movidas por el *dolor de España* unamuniano.

¿Y cuál es ese *problema español*, del que resultan gran cantidad de otros *problemas españoles*? Evidentemente, la **ausencia de un gran proyecto nacional que sea lo suficientemente válido y atractivo para unir los diferentes pueblos que integran España**. Si repasamos, por ejemplo, las páginas de la “*España invertebrada*” de Ortega y Gasset, muchas de sus afirmaciones adquieren un tono de angustiosa actualidad. No es extraño que un joven orteguiano denominado José Antonio Primo de Rivera acuñara, con el mismo *dolor* unamuniano, la idea de que España es un *constante borrador inseguro* en la historia moderna.

El meollo del *problema español*, por falta de ese *proyecto* o misión, reside en una suma de *particularismos*, a los que ninguno de los regímenes y gobiernos que se han venido sucediendo a lo largo del siglo XX y de lo que llevamos del XXI ha sido capaz de **superar** mediante una tarea de **integración**, que no es sinónimo, en absoluto, de *centralización*; por el contrario, los *particularismos* -en nuestro caso, territoriales- crean nuevos centralismos, que ahogan, paradójicamente, deseables autonomías municipales y comarcales.

El *particularismo* adquiere relevancia en Cataluña y en el País Vasco, pero no debe desdeñarse que impera igualmente, en mayor o menor medida y virulencia, en otras regiones españolas, donde los *castellanismos*, *gallecismos* o *andalucismos* ostentan estrellas solitarias como en la *estelada* catalana; el particularismo es una degeneración del regionalismo, que puede ser muy sano y válido; pero ya decía Antonio Machado, como andaluz, que los *andalucistas* son *españoles de segunda* y *andaluces de tercera*, y esto vale para todos los *ismos* que proliferan en este *Estado de las Autonomías*.

A nadie se le escapa, en este aspecto, que la eclosión de los *particularismos territoriales*-ideológicamente, **nacionalismos identitarios e insolidarios**- se debe al supremo disparate histórico que representó el título VIII de la actual Constitución, esa que está curiosamente en el punto de mira de los separatistas.

Pero prosigamos con la crítica a eso de “*el independentismo de Cataluña*”: es totalmente inadecuado, en primer lugar, el término *independentismo*, que quiere evocar una valoración positiva, pues *independencia* es recuperar la libertad perdida por la opresión; son mucho más adecuados los rotundos conceptos de *separatismo* o *secesionismo*, que expresan mucho mejor el carácter insolidario y antiespañol de sus defensores.

Igualmente, no se trata del separatismo *de Cataluña*, sino del separatismo **en Cataluña**, pues muchos de sus actores y directores de orquesta carecen de auténticas raíces catalanas. Y ahí cobra valor la nueva novela de Eduardo López Pascual, que se centra en la figura del *charnego*, no solo *integrado* o *reconvertido*, sino **abducido** por el ambiente, y transformado, así, en un fervoroso secesionista, no de *pedigrí*, pero sí de vocación. Psicológicamente, se trata de un profundo complejo de inferioridad; coloquialmente, algunos lo llaman *de estómagos agradecidos*.

La figura del *charnego*, que es una expresión peyorativa e insultante que se empleó en los años 50 y 60 del siglo pasado contra los llegados a Cataluña de otras tierras españolas en busca de trabajo, fue magistralmente tratado en la película “*La piel quemada*” (1967), de Josep M.^a Forn; luego, ha inspirado muchas novelas distópicas, para reflejar lo que está

ocurriendo en lugares de esa *Cataluña profunda* y, en menos medida, en la más cosmopolita y teóricamente abierta de las grandes ciudades; recordemos, por ejemplo, “*Extranjeros en su país*” (1992), de Azahara Larra Servet, o “*El último catalán*” (2015), de Javier Barrycoa.

En la actualidad, el *charnego* ya no es solo el personaje de origen murciano o andaluz, sino el inmigrante marroquí o subsahariano -generalmente mimado por el separatismo institucional- y el hispano (¡no *latino*, por favor!), que es despreciado precisamente por su carácter mestizo y por su rotunda y bella lengua española; claro que tampoco faltan, entre estos últimos, adheridos, simpatizantes o fervientes separatistas *catalanes*, incluso de gran relevancia política y mediática.

Hay mucho que decir de la dialéctica separatista-charnego de Cataluña, y Eduardo López Pascual viene a darnos algunas valiosas pistas. Su novela oscila entre el costumbrismo, el drama y la tragedia familiar, con la figura de ese *Manuel-Manel*, el charnego que se deja encandilar de hoz y de coz por su entorno político con el afán de medrar; sin adelantar desenlace, digamos que su trayectoria final puede definirse con una frase que el autor inserta en la novela: *en tierra de nadie*.

Esperamos que no sea la España entera la derive hacia esa *tierra de nadie*; los jóvenes que muestran en la novela su españolidad contra corriente ofrecen un rayo de esperanza, no solo para la sociedad catalana, sino para toda la sociedad española.

Como catalán y, por lo tanto, como español, deseo que así sea. Amén.

MANUEL PARRA CELAYA